

DOMINGO 3 DE ADVIENTO “B”

Is 61,1-11 + 1 Tes 5,16-24 + Jo 1,6-28



Estad siempre alegres.

Las palabras de Pablo, dando ánimos e invitando a la alegría a la comunidad de Tesalónica, subrayan y dan sentido a este tercer domingo de Adviento, domingo de invitación al gozo, tan cerca ya de la Navidad. Pero no es sólo la perspectiva ocasional de Navidad, sino la perspectiva trascendental de la existencia cristiana, el cumplimiento de la promesa de Dios, la inminencia del cielo lo que debe dar sentido a la alegría cristiana. Isaías la interpreta como la alegría del novio en víspera de la boda. Alegría bien justificada, porque el Señor es fiel y cumplirá su palabra. Alegría, a pesar de nuestras deficiencias, porque el Señor nos ha perdonado y sigue contando con nosotros. Alegría, porque es tiempo de gracia, tiempo por tanto para enmendar y corregir y emprender la tarea, con la ayuda de Dios. Alegría, porque tal debe ser el talante y el mensaje que debemos comunicar: anunciar la Buena Noticia a los pobres, vendar los corazones afligidos y proclamar la amnistía, la libertad y la gracia del Señor.

Celebrad la Acción de Gracias.

Después de la invitación a la alegría, el apóstol nos insta a celebrar la Acción de Gracias, es decir, a participar con asiduidad en la Eucaristía. Tal fue la voluntad de Jesús, en la última cena, la noche antes de padecer. Cada vez que celebramos la Eucaristía, hacemos memoria de Jesús, de su muerte y resurrección, de la salvación y, por tanto de nuestra propia resurrección, que celebramos con anticipación. Pero

tenemos que hacer memoria también de la misión de Jesús, que hemos recibido, de su mensaje y de sus obras, de su vida comprometida en el cumplimiento de la voluntad de Dios y en el servicio a los hombres, sobre todo los más pobres. De modo que la Eucaristía nos reubica permanentemente en la perspectiva de la existencia cristiana, en el horizonte de la voluntad de Dios, que debe orientar todas nuestras acciones, y de la promesa de Dios, que da sentido y llena de gozo nuestra vida. Tenemos que mantenernos alegres, sin ceder al cansancio, ni a la desilusión, ni al desánimo, sin permitir que se apague el fuego del Espíritu que habita en nosotros.

No apaguéis el Espíritu.

El verdadero sentido de nuestra alegría es el Espíritu del Señor, que nos sostiene y colma de posibilidades con sus dones. De manera que la alegría debe ser la manifestación del buen espíritu, que anima todas nuestras acciones y colma de sentido nuestra vida cristiana. Las palabras de Isaías, que el propio Jesús se apropió al iniciar su vida pública, definen también nuestra misión. El Espíritu del Señor está sobre nosotros, nos ha ungido en el bautismo y nos ha enviado a dar la Buena Noticia a los pobres. Somos, por tanto, enviados y mensajeros. Nuestra tarea es denunciar la injusticia, defender el derecho, pero también despejar el camino, orientar la marcha, animar a los caminantes, alentar la esperanza y así franquear el horizonte para acercarnos al Señor que ha de volver. Porque el Señor ya vino, como recordaremos con gozo en Navidad, pero ha de volver a consumar su obra y nuestros esfuerzos.

No despreciéis el don de profecía.

El evangelio de hoy nos presenta en primer plano la figura de Juan, el precursor, el profeta, y más que profeta según Jesús. Su figura viene a dar fuerza a las palabras de Pablo, que nos exhorta a no despreciar el don de profecía. El profeta, como Juan, es un heraldo, un precursor de Jesús, una voz que clama en el desierto, pero una voz que se deja oír denunciando la injusticia y la opresión, y dando la cara por las víctimas, por los débiles, por los pobres. De ahí los riesgos que acompañan a los profetas.

En un mundo que no quiere saber nada de los pobres, que se desinteresa de los que sufren, que busca desesperadamente distraerse y pasar de largo ante los graves problemas que tiene, es urgente que los cristianos recuperemos la misión profética que se nos otorgó en el bautismo. No podemos callar ante los millones de seres humanos que mueren de hambre, que son víctimas de la violencia, que pierden la vida al intentar emigrar a otro país donde poder vivir con dignidad. No podemos permanecer mudos ante los desplantes de los ricos y poderosos de este mundo, ante la falta de escrúpulos de explotadores y especuladores, ante los desmanes de un capital que acumula beneficios inmensos y regatea salarios de miseria y condiciones de trabajo inhumanas.

Tenemos que hablar, tenemos que dar la cara. Porque creemos... por eso tenemos que hablar. Quizá parezca sólo una palabra en el desierto, pero seguro que es para muchos, para los pobres, una palabra de aliento, de esperanza, de alegría.